

El susurrador mágico

Tengo nueve años, me gustan las flores que tienen el color de mi nombre. Me gustan los juegos de las plazas, y más los de mi barrio, porque hay una calesita. También me gusta escribir con rimas, me enseñó mi abuela, porque dice que las palabras tienen música y es muy importante escucharla.

La historia que voy a contar empezó ayer. Como todos los sábados, a la tarde sin lluvia, fuimos con Alma, mi hermanita, a jugar a la plaza. Nos acompañó mamá que se encontraría con una amiga, que hacía mucho que no veía, y con su hijo, Juan. Al acercarnos, me di cuenta que el chico, tenía unos ojos como la tierra. Lo vi un poco “raro”

“-Hola”, le dije, dándole un beso en el cachete, pero él ni me contestó.

Alma me invitó a jugar en las hamacas. La hamaca iba y venía, haciéndome sentir la felicidad de volar...no dejaba de mirar al chico “raro” que seguía sentado en el banco, no lo invité a jugar porque ni me saludó, menos iba a jugar conmigo. Se lo veía como si no le importara nada. Aunque mi hermana siguió hamacándose, yo me cansé de jugar y volví paradedcirle a mamá que comprara unas fichas para dar una vuelta en calesita. Mientras íbamos con mi mamá hasta la boletería, comenté: “-Quéraro es el chico ese” “-No es raro Juan, padece TEA” “- ¿Y qué es TEA?”, pregunté sin entender nada.

“-Trastorno del Espectro Autista”, pero yo seguía sin entender. “-Es una enfermedad que no le permite darse cuenta de lo que pasa a su alrededor, está muy limitado. Necesita que las personas se acerquen, lo abracen, le enseñen las cosas lindas de la vida, que no lo miren como “raro” porque él no tiene la culpa de haber nacido con una dificultad que no le permite comunicarse con los demás” ¡Sentí unas ganas de llorar! Yo que pensaba que Juan era raro...

Cuando volvimos al banco, le dije a mi mamá que me prestara su mochila donde siempre guarda un rollo de servilletas. “- ¿Qué vas hacer?” “-Nada” –dije- “lo necesito” Le pregunté a Laura, la mamá de Juan, si lo dejaba dar una vuelta conmigo en la calesita. Ella hizo una sonrisa más grande que la luna y lo subió. Lo sentó en el auto de *Batman*. Yo me senté a su lado. “- ¿Sabes? ... yo me llamo Violeta”, él no decía nada. “-Me gustan los autos como a vos” Entonces puse en marcha, mi idea: decirle eso que nunca puedo decir en casa porque mi familia se cansa, se aburre, porque lo digo todo el día. ¿Y qué mejor que decírselo a Juan? Si no le gusta no lo va a decir, porque casi no me conoce. Además, él necesita que alguien le diga cosas, aunque todos piensen que no le importan, o no entiende, tal vez sí le importen, pero... no puede decirlo, porque no sabe cómo decirlo. Tal vez sí, pero no tiene ganas de hacerlo. A veces me pasa que yo tampoco quiero decir nada.

Le saqué el papel de servilletas al tubo de cartón. Mientras giraba la calesita, escuchaba un sonido parecido al sonajero de mi primito Dante, eso me inspiró. Apoyé el tubo en el oído de Juan y como si volaran palomas de mi boca empecé a decir:

*Yo a tu lado estoy,
con el alma que me iluminó.
Quisiera decirte quién soy,
ya conocerte me encantó.
Tus ojos no brillaban,
se parecían a la tierra.
Pero ahora que soy tu amiga
voy a decirte con el corazón
que ya no se parecen a la tierra,
ahora tienen el brillo del sol.*

Cuando terminó de dar vueltas la calesita, me bajé, a él lo ayudó su mamá, lo estaba esperando junto a la mía. Mientras mamá le colocaba el abrigo a mi hermana, yo me puse mi campera. Ya de regreso, mamá preguntó: “- ¿Te divertiste?” “- ¡Muchísimo! maaa... ¿la abuela, alguna vez, te enseñó que las palabras tienen música?” Mamá sonrió y no me contestó.

Hoy temprano sentí el sol en la cara al levantarse la persiana de mi habitación “- ¡Qué sueño tengo!” “- ¡A levantarse! tenemos visitas para compartir el desayuno”, dijo la voz inconfundible de mamá. Que esta vez se parecía a una bocina. Abrí los ojos un poco molesta. - ¿A quién se le ocurriría venir a molestar a esta hora? Con pesadez me senté en la cama, corrí a mi perro Feli, de los pies y me levanté.

Pasando como de costumbre por el baño a ducharme, cepillar mis dientes y peinar mi pelo. Me puse el equipo de jogging y entré al comedor, descalza como siempre.

¡¡Qué sorpresa!! Sentados a la mesa estaban Juan y su mamá. Saludé a todos con un beso. “- ¿Cómo estás Violeta?, dijo Laura.

“-Bien”, contesté con vergüenza” “-Juan”- siguió Laura-“¿Qué vas a preguntarle a tu amiga?”Él sin mirarme se llevó las manos a la cabeza y después de un rato dijo “- ¿Tenés el susurrador?”

“- No- bueno, mm, sí” Aún recordaba las palabras que me dijo mamá ayer, sobre el problema de salud de Juan “Necesita que las personas se acerquen, que le enseñen cosas lindas de la vida”. Así que pensé una opción ya que al tubo de cartón lo tiré en un cesto ayer. Fui a mi habitación y traje el susurrador que me prestó Lili de la biblioteca, el que hizo para festejar el día del libro. También podría servir para festejar otros días, por ejemplo, el día de la diversidad invitándolo a Juan y a otros niños porque nadie es “raro”, depende de nuestra mirada.

Cuando volví con el susurrador, tan lleno de colores brillantes y poemas escritos por todas partes, Alma, terminaba de desayunar y Juan quiso decir algo, pero no pudo, hasta que puse el susurrador mágico en sus manos. Lo levantó, lo puso en mi oído, ahí fue cuando escuché las palabras más dulces y musicales de mi vida: “- **Violeta, sol violeta**”, solo se escuchó una música que salió de mi voz:

***Prometo nunca dejarte
porque tu mundo me enseñó
que la vida tiene color
con tan solo mirarte.***

Autora: Violeta Parra